

El ritual de la mona de Pascua

(Terminado y retocado en abril de 2007. Escrito dos años antes)

Tener entre doce y quince años y ser varón en un pueblo en los 50 equivalía a no disponer de tiempo suficiente para hacer todo lo que querías.

Doy gracias a Dios porque tuvo la delicadeza de retrasar el invento de la televisión, de los ordenadores personales y de los videojuegos hasta muy avanzada mi adultez. Encima tuvo el detalle de regalarme montañas llenas de vida y verde, aire puro, adultos con sentido de la colectividad y calle, mucha calle, toda la calle del mundo.

Había que ir a clase, ayudar en casa, hacer recados, asistir al Patronato, jugar al fútbol en partidos amistosos o de competición, planificar excursiones, ensayar la obra de teatro que representaríamos próximamente, preparar alguna cabalgata, ir a ver el partido de fútbol %oficial+ del domingo por la tarde, al cine una vez a la semana (ese cine interactivo de mi infancia donde los niños jaleábamos y pateábamos enardecidos para celebrar la llegada de los %uenos+ y las señoritas advertían a pleno pulmón a la %chica+ de las aviesas intenciones del %malo+ o del %aradura+ que pretendía engañarla) y hablar, hablar, hablar, haciendo planes o inventando historias y situaciones relacionadas con la última película que habíamos visto, o con las aventuras de los personajes del comic de la época, entonces llamados TeBeOs.

¿Y cómo encajaban %as chicas+ en semejante entorno?. Aunque pueda parecer incomprendible a cualquiera de los aventajados jóvenes que, para bien o para mal, ha producido la sociedad actual, nos parecían un mal necesario del que no podíamos prescindir.

Ellas tenían su mundo propio, extraño, íntimo y misterioso. Ante nuestro desconcierto más absoluto, las que hasta hacía poco eran compañeras de juego, un poco débiles pero voluntiosas, comenzaban a manifestar síntomas muy alarmantes: Cuchicheaban en lugar de hablar, pasaban de un trato cordial al enfado o al más frío de los desdenes sin que fuéramos capaces de adivinar las razones del cambio y, en resumen, nos llevaban por un camino de amargura del no saber como actuar porque hicéramos lo que hicéramos lo más probable es que no acertáramos.

¿Cómo íbamos a suponer que esperaran de nosotros %delicadeza+ si casi no conocíamos el significado de la palabra?. ¿Qué sabíamos nosotros de cambios fisiológicos ni de ebulliciones hormonales?. Nuestras amigas, en aquella época y con aquella educación, no eran, para nada, ni objeto sexual ni provocadoras de %malos pensamientos".

Claro que conocíamos la existencia de mujeres sexuadas que aparecían en revistas o fotos clandestinas que casi siempre traía algún amigo veraneante, pero aquellas imágenes no se asociaban en absoluto con Paquita, o con Amparín, como tampoco se asociaba con nuestras propias madres.

Paquita, Teresa, Amparín, eran las que encarnaban los personajes femeninos de las obras de teatro que representábamos en el Patronato, las personas a las que queríamos impresionar cuando jugábamos al fútbol, las que algún día

serian nuestras novias y también, ¡maldita sea! los seres vengativos con los que teníamos que formalizar+las cuadrillas de Pascua.

Porque en la vida cotidiana las %chicas+ más bien nos molestaban por incómodas (¿quién las entendía?), pero la tradición exigía que la %mona+ se comiera en el campo y en pandillas de chicos y chicas.

Y claro, si durante todo el año las relaciones grupales eran absolutamente tormentosas y, como mínimo, pasábamos de ellas... ¿con que cara íbamos a pedirlas que accedieran a ser nuestra %pareja colectiva+de Pascua?

Sin embargo no había más remedio que pasar por el aro y estructurar lo que ahora se llama %un plan de acción+.

%Tú hablarás con María+

%Yo?. ¡Ni hablar..!. María está inaguantable.. ¿Por qué no lo hace Juan?. +

%Porque Juan se encarga de Pilar+

%Por qué tengo yo que encargarme de Pilar ?+

Y así, poco a poco, redondeábamos la estrategia hasta llegar al consenso necesario para resolver la situación. El siguiente paso era comprarnos alpargatas nuevas, como marcaba la tradición, y armarnos de paciencia, porque, las muy rencorosas, nos estaban esperando.

¿Cuál era la liturgia?. Supongo que incomprensible para cualquier mentalidad actual, pero muy %fácil+para nosotros:



Las chicas salían a pasear en grupos de cuatro o cinco, bien cogidas del brazo y tan juntas de hombros que solo eran abordables las dos de los extremos. Nosotros estábamos atentos a la formación y una vez identificadas las %extremeras+, dábamos un empujón a los %encargados+ de cada una de ellas, que no tenían más remedio que acercarse a las agraciadas mientras el resto de la

tropa se agrupaba %discretamente+detrás del grupo en cuestión para observar los progresos y comentar las maniobras.

Inevitablemente, como no podía ser menos, la primera reacción femenina era de un rechazo lleno de dignidad, un %Como os atrevéis después de lo que nos habéis hecho+ (la verdad es que nunca sabíamos muy bien %o que les habíamos hecho+, pero eso era lo de menos. ¡Mejor no meneallo!). Las afectadas apretaban el paso, no contestaban al saludo o, lo que era peor, volvían las caras hacia el interior de la formación, hablando con su compañera e ignorando totalmente al pobre %negociador+ que, consciente del ridículo que estaba haciendo, se volvía hacia atrás haciendo gestos evidentes de que la cosa iba por muy mal camino y no tendría más remedio que abandonar.

Naturalmente los de retaguardia le animaban a que no cediera. Lo hacían agitando las manos, vocalizando consignas, o con cualquier gesto corporal que

pudieran entender el afectado. Era mucho lo que nos jugábamos, nuestro honor como pandilla pascuera, y no podíamos consentir un fracaso por un ~~%~~^{que}quitame allá+estas vergüenzas o estos temores.

Quiero aclarar, para complicar más la cosa, que los protagonistas de tan dramática historia podían haber coincidido esa misma tarde en algún otro sitio y, sin duda, habrían hablado normalmente de cualquier tema, menos de ~~%~~^{la} mona+. Casi nunca existían conflictos personales entre los chicos o las chicas de cada pandilla. Eran agravios de grupo y semejantes ofensas solo podían lavarse en público: Era necesario que las otras pandillas vieran como sudaba Pepet en el puente o el Ravalet, tratando de rebajar el ~~%~~^{justo enfado+}de Pilar.

La verdad es que las pandillas del pueblo eran bastante estables. Todos los grupos lo ~~%~~^{sabían+} y, pasara lo que pasara, solían respetarlas sin crear demasiada competencia, pero ¡siempre había un riesgo!.

Así pues, a la primera, la segunda o la tercera, dependiendo de las diferencias iniciales, las chicas, que a su vez habían tomado las medidas necesarias para que cada una de ellas estuviera en el momento adecuado en el extremo de la fila para recibir las explicaciones de su correspondiente marcador, aparentaban ceder y nos daban otra oportunidad.

A partir de este momento pasábamos a la situación ~~%~~^{B+} que nos obligaba a buscar su compañía cada vez que aparecieran en el paseo y hablar, con una sonrisa de oreja a oreja, de todo lo que ellas quisieran.

Para facilitar el diálogo las chicas rompían la formación, pasando de las rígidas filas de cinco o seis jovencitas a varias filas de dos, o de tres si eran impares. (Dos chicos con dos chicas era grupo. Una chico con una chica, pareja.)

En ~~%~~^{este+} Bocaírent de mis recuerdos un chico no podía pasear con una chica si no eran novios declarados. Podían ~~%~~^{se} juntos+si coincidían ~~%~~^{en} camino de+en la misma dirección, o charlar tranquilamente en cualquier lugar público sin temor al ~~%~~^{que} dirán+, pero llegado el momento del ~~%~~^{paseo} oficial+, desde la carretera hasta la actual ~~%~~^{placeta} de Juan de Juanes+con varias idas y vueltas, las cañas se tornaban lanzas y podías morir despellejado si eras visto ~~%~~^{en} pareja+con alguien del otro género.

Y que nadie se llame a engaño. Eran otros tiempos y teníamos otras reglas que, vistas desde aquí, pueden parecer cualquier cosa menos normales. Sin embargo, política al margen en la que no pretendo entrar, no creo que la juventud de hoy tenga más libertad de la que nosotros gozábamos en aquellos tiempos. Simplemente conocíamos nuestros marcos de actuación, nuestros límites. y los respetábamos.. casi siempre.

Las normas que regulaban los usos y las costumbres locales no surgían solo de la autoridad. También de la voluntad popular. Ciento es que la sociedad bocaírentina era la que ~~%~~^{decidía+} el horario correcto para vagar por las eras o para devolver a la novia al hogar paterno, pero en ese mismo paquete entraba la solidaridad entre vecinos, la cordialidad en el trato o el respeto al bien común y a los mayores.



No era el miedo o el respeto a la autoridad lo que permitía tener las puertas de las casas abiertas todo el día ni tampoco era necesario esperar al bando del Alcalde para que todo el mundo se movilizara sin reservas ante un incendio forestal, pongo por caso.

Así pues no entremos en valoraciones. Las cosas eran como eran y son como son. Saquemos el máximo partido al hoy, como también se lo sacamos al ayer.

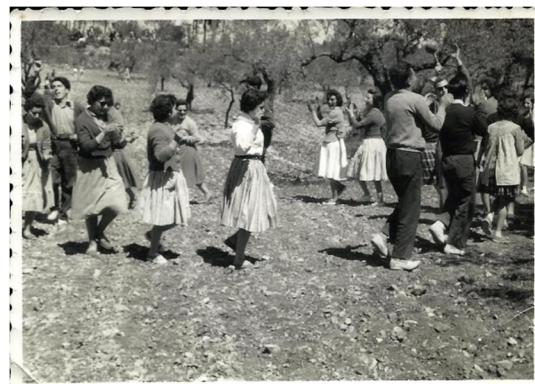
Por esta razón y volviendo a la historia, la imparidad se resolvía formando grupos de tres chicas, con rotaciones aparentemente accidentales de la que iba en el centro, que siempre provocaban cambios de posición entre los chicos.



En efecto, si el número de chicos coincidía con el de las chicas, la fila se componía de: un chico, tres chicas y dos chicos en el otro extremo. Las chicas de los extremos acogían a sus pares masculinos y la chica de centro era la %signada+ al chico del extremo con dos varones.

¡Tampoco es tan complicado!. Reléelo con calma y lo entenderás, y si no fuera así pregúntale a tus padres o tus abuelos que, seguro, han participado en el ritual.

Realmente la perspectiva histórica me hace comprender que las chicas siempre tuvieron razón y que nosotros no las merecíamos. Como en la historia del escorpión al final siempre nos salía el carácter y un correazo asestado con demasiado entusiasmo en sus delicadas posaderas jugando %ls pilarets+ (o %la corretja+), un huevo duro que impactaba en una frente inadecuada o que lo hacía por alguna de sus puntas dejando semiinconsciente a la %agraciada+, un petardo lanzado demasiado cerca de la que más temía el impacto y que lo había advertido reiteradamente, o ese volver al pueblo en la semioscuridad dejando a las chicas en retaguardia casi a merced de los peligros de la noche, solían provocar un %basta aquí hemos llegado+ y la consiguiente ruptura de relaciones antes de que finalizara el calendario de meriendas pascueras.



Alguno de nosotros lo lamentábamos sinceramente pero, en el fondo, todos nos sentíamos profundamente liberados porque se habían acabado las obligaciones y podíamos volver a la felicidad de ir a beber agua a la Canaleta o a sentarnos en %la Chopá+a hablar de nuestros planes inmediatos, en lugar de sufrir el tormento chino de los paseos rituales en los que, en el fondo, no podías hablar de nada que te interesara con la chica que mejor te caía, porque la falta de intimidad te obligaba a hablar de reglas y comportamientos en lugar de hablar de sentimientos.

Eso quedaba para los encuentros ocasionales de los individuos.

El año siguiente sería otro año. Nos tocaría volver a purgar nuestras malas conductas, pero en el fondo todos sabíamos que acabarían perdonándonos porque nos querían y porque, ¡qué caramba!, para ellas también era una grave ofensa quedarse sin pandilla para Pascua y, de alguna forma, nos necesitaban.

El verdadero temor que me embargaba al final de cada Pascua de Resurrección no era si tendría pandilla para ~~comer la mona~~.

La gran duda era si el próximo año seríamos capaces de mantener este ritual de inocencia y de seguir jugando a ser niños cuando cada vez era más evidente que, inevitablemente, nos hacíamos mayores.